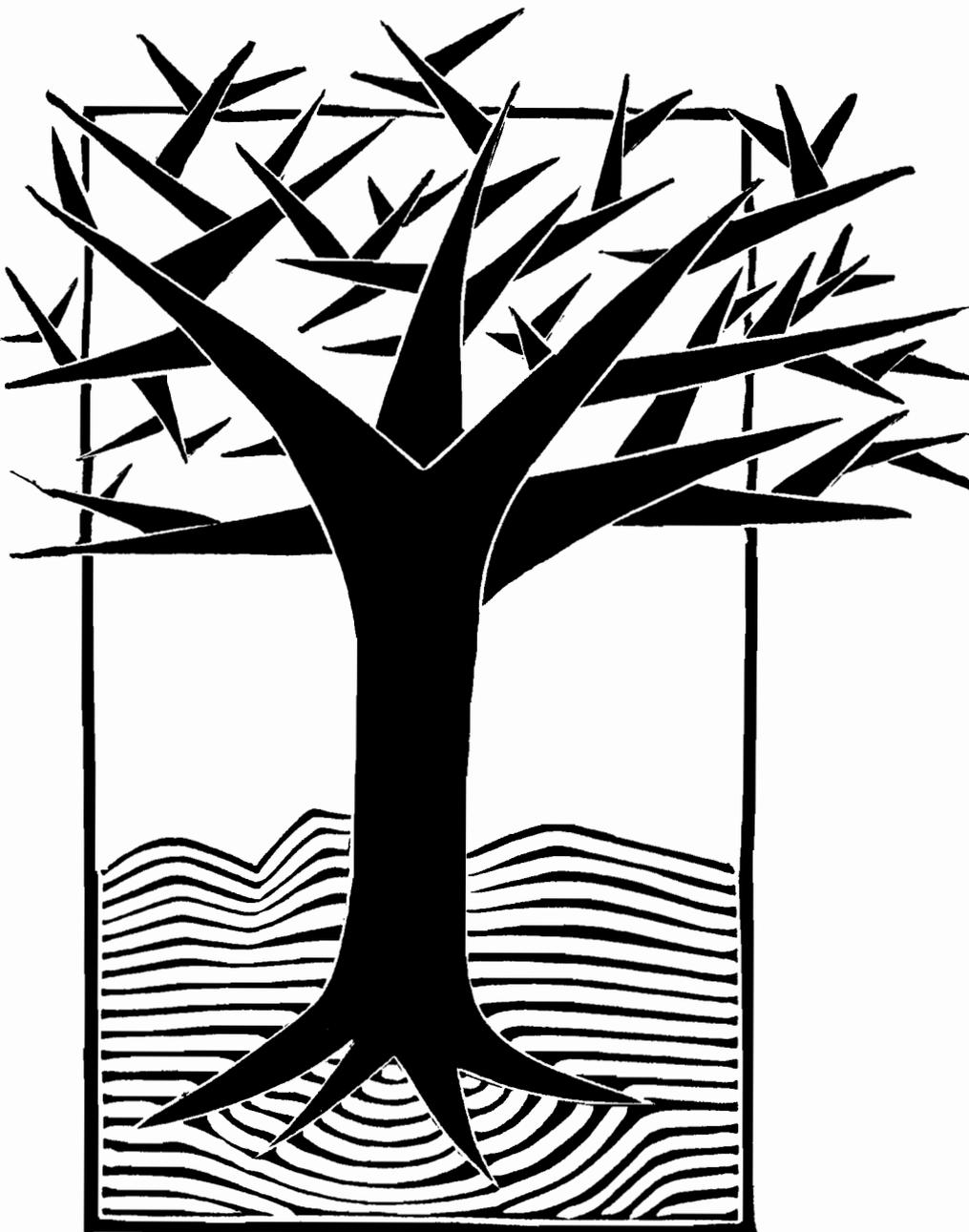


México y la Agenda del Siglo XXI*

Dip. Luis Felipe Bravo Mena

Diputado Federal, Fracción Parlamentaria PAN



I. Prefacio

El año 2000 está muy cerca de nosotros. De ahí que los intentos por formarse una imagen de cómo será México en los comienzos del nuevo siglo ocupan la imaginación de muchos que desean prever acontecimientos y estar en condiciones para encararlos con éxito.

La prospectiva, entendida científicamente, es muy reciente, pero está relativamente consolidada. En los Estados Unidos funcionan unas 600 empresas con servicios especializados de previsión tecnológica a largo plazo; son muy reconocidas instituciones de esta naturaleza, como el Instituto Hudson o el Servicio de Planificación de Stanford. En Europa, la melontología se desarrolla con fines más intelectuales que industriales. En nuestro país se conocen esfuerzos serios en futurística de algunos centros académicos, agencias gubernamenta-

les y asociaciones privadas.

El tema de esta exposición nos obliga a realizar un sencillo ejercicio de prospectiva. Creo conveniente abrirlo con una ligera referencia de carácter teórico-metodológico.

II. Mirar hacia adelante

La palabra prospectiva es un neologismo formado a partir del verbo latino *prospicio* que quiere decir "mirar hacia adelante". Junto a este término hay propuestos otros para designar idénticas actividades: conjeturística, pronóstico, futura, melontología, futurología, futurística, que tienen por objeto anticipar la situación social, política, económica o tecno-lógica del futuro.

Dentro de la prospectiva existen tres niveles de análisis:

• **PREDICCIÓN.** Operación por la cual se proyectan las tendencias del pasado para concluir en un futuro predecible.

• **POSDICCIÓN.** Consiste en dar un paso más. El futuro imaginado no es sólo un futuro posible, sino uno de los futuros que pueden suceder según sea el desarrollo de la correlación de fuerzas existentes y en conflicto.

• **PROSPECCIÓN.** Se manipulan las variables y medios actuales para obtener una situación deseada. La investigación se hace para la acción.

La dosis científica o emocional que nutre los trabajos prospectivos hace que los resultados adopten diversos matices, los que podrían resumirse en cuatro apartados:

A) **PROGNOSIS** o previsión de la secuencia de acontecimientos que se derivan de una situación de partida.

B) **CONJETURA** o juicio sobre las caras alternativas de una situación futura.

C) **VATICINIO** o localización en el futuro de un hecho actualmente considerado poco probable.

D) **AUGURIO**, profecía o adivinación de un suceso futuro de modo intuitivo o irracional.

En esta ocasión llegaremos al nivel de posdicción y ejercitaremos la prognos y la conjetura. Pretendemos reconocer en los hechos de nuestros días el punto de arranque de los acontecimientos futuros. Desde esta perspectiva, al analizar las tendencias actuales más significativas en el plano político, nos proponemos establecer los

escenarios en ciernes. Ello nos permitirá obtener una visión sintética de la agenda mexicana para el año 2000; es decir, un cuadro que, históricamente, comienza hoy.

III. Un sólo mundo, varias civilizaciones y muchas naciones

El prospectólogo español, Otto de Habsburgo, escribió en 1969 un libro titulado: Una política para el año 2000, con la siguiente tesis:

La humanidad camina hacia una integración en unidades cada vez más amplias. De las familias y clanes surgieron las tribus; de las tribus nacieron las ciudades, luego los territorios feudales, los Estados modernos, las federaciones y finalmente se han integrado los continentes. Esta evolución, cuyo punto de arranque se sitúa en la edad de la piedra, alcanza hoy, con la era planetaria, su fase final.

Es digno de señalarse que una unidad superior nunca hace inútiles las unidades inferiores. La división del trabajo se convierte en necesidad imperiosa precisamente en una época en la que la vida se complica cada vez más.

En todo caso, se ha desvanecido el sueño de las autarquías nacionales. La evolución ha alcanzado una

cota que exige ineludiblemente una creciente especialización de las naciones y los continentes. En el futuro, ninguna nación, cerrada en sí misma, será capaz de producir todo cuanto necesita. La independencia económica, en el sentido que tenía esta palabra hace sólo veinte años, pertenece ya definitivamente al pasado. Como observaba Louis Armand, una nación sólo es independiente cuando se hace tan imprescindible a las otras como éstas otras lo son para ella misma.

Veinte años más tarde, en 1989, el argentino Mariano Grandona sostuvo:

Cada día más nuestros problemas son globales. Los gobiernos que deben resolverlos, sin embargo, son nacionales. He aquí el contraste dominante del tiempo actual.

¿Cómo lograr que las naciones actúen al unísono frente a problemas globales? Ahora que la gran barrera ideológica de la Guerra Fría está por desmontarse, las personas y los productos circularán cada vez más por encima de las fronteras. ¿Qué sentido tendrán entonces las fronteras?

La destrucción de una selva en Brasil o el lanzamiento de gases en una fábrica alemana, nos afectan a todos.



El planeta Tierra es un único sistema ecológico.

¿Quién queda a cargo de él? Cada Estado Nacional se ocupa de lo suyo. "Lo suyo", empero, ya no es solamente suyo. Lo que se hace aguas arriba afecta a los que viven aguas abajo. La atmósfera y los mares nos comunican unos con otros. Nadie tiene jurisdicción, empero, sobre las

condiciones y los efectos de esa comunicación.

Cuando vieron a la Tierra, por primera vez, los astronautas no distinguieron en ella líneas ni colores que marcaran las fronteras y las naciones. Sobre ella, 5 mil millones de personas se relacionan cada día más unas con otras para el bien del comercio o para el mal de la po-



lución y la droga. Existe, ya, una sociedad universal. No existe, todavía, un Estado universal.

A menos que los Estados nacionales estrechen decisivamente su coordinación internacional, la nuestra será juzgada en el futuro como una época en la cual el desafío de la globalización encontró como respuesta una asamblea multitudinaria de estados individuales ensimismados, sin conciencia universal. (Visión 2.10.89)

Su preocupación estaba también presente en las reflexiones del primero de los autores que he citado cuando escribió:

Crear que el sueño de un "mundo unificado" llegará a ser un hecho hacia el tránsito del milenio, sería un modo de pensar poco realista. Deben superarse demasiadas tensiones, antes de que este objetivo aparezca en la línea del horizonte. Antes, la humanidad deberá pensar en poner en práctica lo que podría llamar el "mundo organizado". Según esta idea, los países avanzados deberían agruparse en grandes federaciones regionales, para afrontar con criterio unificado sus comunes responsabilidades frente a los países subdesarrollados. Esto es algo que cae dentro del campo de lo posible, porque las fuer-

zas que determinan nuestra sociedad contemporánea tienden hacia una convergencia de intereses.

Hoy día nadie puede pretender salvarse por sus solas fuerzas. O la salvación se consigue mediante la colaboración de todos, o no se consigue de ninguna manera. Para decirlo con expresión más afilada: hay que elegir entre un mundo organizado para el año 2000 o un punto final sangriento de la historia de la humanidad. No hay término medio en una época en la que los mortales han conseguido la omnipotencia para lo destructivo y el poder ha perdido sus antiguas fronteras naturales.

Construir ese mundo organizado es, quizá, el punto central de la agenda del Siglo XXI. Colaborar en su edificación y ser parte del él, es el reto fundamental de México.

IV. Tendencias

¿Cuáles son las tendencias más destacadas en el panorama mundial del momento, que prefiguran los razgos principales de los escenarios del Siglo XXI, en los que México deberá desarrollarse?

• Transición mundial

El mundo pasa por un confuso periodo de transición entre el "orden internacional" de posguerra —con reglas que no eran justas pero estaban claras, y los Estados y las élites políticas sabían manejar bien— y un nuevo sistema internacional, cuyas pautas y normas no se han definido. En este cambio, la actuación de cada uno de los Estados se ve inmersa en una realidad cada vez más difícil de manejar.

Nuevos poderes han aparecido en el escenario internacional. Ya no hay dos superpotencias, lo cual modifica la lógica dialéctica bipolar. Japón, Alemania y China emergen como nuevos centros de poder. Desde el punto de vista estructural, la distribución de capacidades queda determinada ahora por una lógica multipolar, en la que esos polos tienen distintas modalidades de influencia y dominio.

Además de los nuevos centros de supremacía, han proliferado y se incorporaron a la política internacional actores no gubernamentales independientes. Su presencia se da en los más diversos campos: económico, comercial, medio ambiente, derechos humanos, iglesias, e ideológicos.

Se diversificaron y se hicieron más complejos los temas de la agenda mundial. Lo militar e ideológico perdió importancia; en cambio, cobró relevancia el combate al narcotráfico, la conservación ambiental, los flujos migratorios, las guerras étnicas, la violencia racista, los arreglos económico-comerciales, la democracia y los derechos humanos.

En lo estrictamente político, el mundo vive lo que algunos científicos sociales llaman el tercer gran periodo de democratización. Ha disminuido sustancialmente el número de países clasificados como "no libres" o "parcialmente libres". América Latina se distinguió en este proceso.

En el orden económico y comercial, la profundización de la interdependencia y el desvanecimiento de las fronteras nacionales, en aras de una economía globalizada, dominan el panorama. Dentro de ese marco se perfila la integración de países formando bloques o agrupaciones regionales, pues éstos buscan asegurar su participación y competitividad en la economía mundial.

Las instituciones internacionales multilaterales, establecidas en la posguerra y estructuradas conforme a la lógica del bipolarismo,

parecen incapacitadas para conducir el proceso de transición y crear las reglas de un verdadero nuevo orden mundial.

• Los nuevos conflictos

La brecha Norte-Sur se acrecienta. Los pueblos del Sur se empobrecen día con día al grado de que algunos han sido desausiados y se consideran países no viables. Las naciones del Norte acumulan cada vez más recursos, tecnología y poder; en cambio, los países en desarrollo, con una débil capacidad de negociación enfrentan una dura disyuntiva: cerrarse para defenderse o engancharse a uno de los centros de poder industrializado, aceptando una especie de protectorado económico. Las organizaciones de defensa de los países pobres se debilitaron y desarticularon. El retensamiento de las condiciones Norte-Sur puede ser un poderoso germen de inestabilidad en el mundo.

Se tensan las relaciones comerciales entre los diversos bloques, regiones y países, debido a las tendencias proteccionistas y a las inercias para sustituir al antiguo adversario ideológico-militar por otro comercial, lo que podrían provocar guerras comerciales con sustento.

La política mundial parece ingresar en una nueva fase. Una fuente diferente de conflictos se está configurando: la cultural. Los Estados nacionales seguirán siendo actores claves en los asuntos mundiales, pero los principales conflictos de la política global del futuro pueden ocurrir entre naciones y grupos de civilizaciones y culturas diferentes. El choque de civilizaciones podría agitar la política internacional.

V. Temas para México de cara al siglo XXI

1) Soberanía nacional y globalismo

La concepción aislacionista, anacrónica o autoritaria de la soberanía nacional no toma en cuenta la convivencia internacional, ni los valores a cuya realización obliga la solidaridad humana. Además, desconoce la necesidad y obligatoriedad de un orden internacional justo y eficaz, cuya vigencia resulta inaplazable para la gran mayoría de los países que afrontan los problemas de desarrollo. El ejercicio legítimo de la soberanía, que reside originariamente en el pueblo, implica para los miembros de la comunidad internacional la obligación de cooperar al bien de la misma, mediante la formación de organizaciones supranacionales multila-

terales nuevas, en diversos niveles y con distintas funciones o la reforma y democratización de las ya existentes.

La sola convivencia entre los pueblos, incrementada por los procesos de la globalización, interdependencia e integración económica, engendra obligaciones para todos ellos, por lo que se debe estimular, perfeccionar y adaptar el derecho internacional público positivo para que tenga cada más fuerza. En consecuencia, ha de ampliarse la competencia para permitir las actuaciones justas de autoridades internacionales, imparciales, no unilaterales, previamente establecidas, en defensa de los derechos humanos, y en otras muchas materias cuando así lo exijan el bien común de un pueblo o de toda la humanidad.

La democratización de las instituciones mundiales deberá suprimir privilegios para los centros de poder económico y militar, así como la incorporación efectiva a sus estructuras de los parlamentos y las organizaciones no gubernamentales de los países miembros.

2) Derecho internacional

El orden internacional y el orden interno son interdependientes y solidarios. No es posible el primero si la normatividad de los Estados no se estructura sobre la vigencia real de los derechos humanos y la justicia social. La interdependencia que hay entre lo internacional y lo nacional exige que la actividad y las instituciones políticas de los países estén organizadas para la realización del bien común,

y que la legitimidad de sus autoridades se funde en la representación del pueblo expresada en elecciones democráticas.

3) Desarrollar la potencialidad nacional

México debe encarar los retos del Siglo XXI y participar efectivamente en la definición de un nuevo y justo orden internacional, a partir de sus condiciones internas. La capacidad internacional del país está en proporción directa con la democratización del régimen, la reforma del sistema educativo y la modernización económica. No se puede ser un actor respetable en los foros internacionales, respaldado únicamente en la venta de una mano de obra barata y una estabilidad política autoritaria. En esas condiciones no se puede ser un actor de relevancia y, por el contrario, se corre el riesgo



de convertirse en peón de poderes y potencias con capacidad de presión.

4) Multidireccionalidad

México tiene una privilegiada posición geopolítica en el mundo. Pertenecer a diversos espacios: económicamente está inscrito en el ámbito de Norteamérica —Estados Unidos y Canadá— culturalmente es parte de la civilización latinoamericana geográficamente es miembro de las cuencas del Pacífico y del Atlántico históricamente está ligado a Europa. La multigeopoliticidad de México le otorga una vocación especial que no debe frustrarse por la poderosa y alucinante atracción que ejerce el espacio económico. La actuación internacional de México debe ser fiel a esa vocación multidireccional.

5) Latinoamericanismo

La identidad cultural es la base de la identidad nacional. De ella depende la prolongación en el tiempo de

la patria mexicana. México pone en alto riesgo su existencia como la nación que ahora es, si desprecia su dimensión latinoamericana.

La asociación comercial con el grupo norteamericano no debe desplazar la profunda unidad que resulta de la comunidad de cultura, historia y de origen entre todos los países latinoamericanos. Por su peculiar vocación multidireccional México debe incrementar sustancialmente la dosis de latinoamericanismo en su política internacional.

Impulsar la formación de la Comunidad Latinoamericana de Naciones es salvaguarda de la subsistencia independiente de nuestros pueblos y condición para su prosperidad.

El Parlamento Latinoamericano es un pilar básico de la integración latinoamericana; consecuentemente, ha de apoyarse el fortalecimiento y ampliación de sus funciones. Es impostergable su integración con miembros electos directamente por los ciu-

dadanos de las naciones latinoamericanas.

V. Epílogo

No quisiera terminar mi intervención sin una última reflexión. El Siglo XXI provoca en nosotros un cúmulo de imágenes relacionadas con los extraordinarios cambios económicos, políticos y tecnológicos. Riesgos y oportunidades de enorme magnitud para todos. Sin embargo, más allá de esos escenarios estructurales no debemos prescindir de lo que Peter Berger llama los índices de la trascendencia humana: la necesidad espontánea de confianza, el amor paterno y materno, conyugal y filial, el deseo del bien, la búsqueda de la verdad, la persecución de la justicia, la alegría del don y del perdón, en el corazón de nuestra vida y de nuestra experiencia más cotidiana, siempre tensa al porvenir, ligada a proyectos creadores, y esa alegría y esa paz que son fuentes de esperanza, y otros tantos índices de Dios en nuestra realidad humana, tan frágiles e irrefutables como la primera sonrisa de un niño.

* Ponencia presentada en el **Segundo Encuentro Nacional de Mujeres Legisladoras**, promovido por la LV Legislatura de la Cámara de Diputados del H. Congreso de la Unión, a través del Instituto de Investigaciones Legislativas, los días 1, 2 y 3 de marzo de 1994 en la Ciudad de Puebla de los Angeles.